

# LA LUCHA QUE NUNCA SE OLVIDA

por «OH CAPITÁN, MI CAPITÁN» (lema)

Celia despierta con el brusco sonido de la alarma del despertador, cuya pantalla parpadea sin cesar mostrando las 7:00, y consigue pulsar el botón que silencia el estridente timbre que la arrancó de los brazos del sueño.

A la vez que estira los brazos tratando de desperezarse cuanto antes, bosteza hacia un lado e intenta vislumbrar el interruptor de la luz en la penumbra del dormitorio mientras palpa a ciegas con su mano en la pared, hasta que la lámpara del techo se enciende dañando por un momento la visión de la muchacha, que no puede evitar cerrar los ojos para defenderse de la hiriente luz. Luego se planta de pie frente a un espejo que le devuelve una imagen anodina, de una joven de cabellera castaña despeinada, ojeras profundas y cuerpo frágil sobre el cual reposa un pijama que parece tener dos tallas de más.

Se desnuda y permanece un rato en silencio, observando sin pestañear sus jóvenes pechos, mientras ladea la cabeza imbuida en el ensimismamiento. Después alza ambas manos y, con delicadeza, recorre sus curvilíneas formas con las palmas hasta ocultarlos como si fuesen un improvisado sujetador de piel natural. Suspira con profundidad mientras siente sus dedos aferrarse con firmeza a los senos, a la vez que un sutil gesto de tristeza se instala en su rostro. «La abuela Rosalía murió

de cáncer y mamá también», reflexiona, dejando que su mente viaje a su infancia y adolescencia, rememorando los cuidados y afectos de las que fueron, entonces, las dos personas más importantes de su vida. Le resulta doloroso pensar que ambas sufrieron una penosa enfermedad a la que mira a los ojos cada día.

Y hoy de nuevo hay que enfrentarse a ella... hoy toca consulta. A las ocho y media de la mañana, Celia atraviesa un largo pasillo de hospital que conduce hasta una puerta en la que destacan dos rótulos. Uno más grande, en el que reza la palabra «Oncología», y otro un poco más abajo de letra más reducida, en la que puede leerse «Dr. Andrade».

En aquella estancia que rodea la puerta de la consulta, dos bancadas de sillas frías y metálicas soportan el peso de varias personas de diferentes edades y ánimo; algunas charlan entre sí, intercambiando datos clínicos como si fuesen ya científicos consagrados para la medicina. Otros escuchan con paciencia e incomodidad, asumiendo que es algo inherente para el paciente que acude a su visita al oncólogo y deben soportar las historias de unos y otros, aunque a veces duela el alma y no apetezca más que encerrarse en casa y dejar pasar las horas. Alguno de los presentes, tan solo calla con la mirada ausente. Son todos ellos rostros conocidos para Celia, que al pasar junto a ellos da los buenos días de manera cortés con una sonrisa algo forzada, pero no por ello menos sincera. Nota el cuchicheo de algunos de los presentes y la disminución drástica del volumen de sus conversaciones. Incluso percibe cómo aquel que permanecía callado y ausente,

ahora ha levantado la vista para saludarla. Intuye que todas las miradas se clavan en su nuca... y Celia se pregunta por un instante cómo giró su vida de manera tan dramática para estar ahora allí, en ese preciso instante, en ese lugar concreto.

«Estoy aquí por mamá y por la abuela Rosalía... no se me debe olvidar nunca» responde para sí misma, aunque en su reflexión no existe el rencor sino un simple reforzamiento de su voluntad. Una respuesta valiente a una pregunta que le persigue cada día. Luego suspira, mete la mano en el bolsillo de su bata blanca, saca unas llaves y abre la puerta de la consulta dejando el paso expedito al primer paciente de la mañana.

Otra jornada en la que la doctora Celia Andrade volverá a luchar contra la enfermedad que acabó con la vida de sus dos personas más queridas y añoradas.